

## **VALE LA PENA SER SACERDOTE**

No corren buenos tiempos para los sacerdotes. Sobre sus espaldas están cayendo los abusos que unos cuantos cometieron. Son crímenes terribles que a todos nos espantan siempre y mucho más cuando proceden de ministros sagrados. Pero la tendencia a generalizar provoca que muchos identifiquen sacerdote y pederasta y que no pocos sacerdotes se vean injustamente señalados y avergonzados.

Y, sin embargo, vale la pena ser sacerdote. Vale la pena vivir la vida con la ilusión de dar a conocer a Jesucristo, celebrar su amor y transmitirlo a los demás. De ello no sólo son testigos tantos sacerdotes buenos que experimentan cada día el gozo de haber entregado su vida por el Evangelio, sino también los cinco jóvenes de Menorca que decidieron un día entrar en el Seminario. Pensaron que valía la pena apostar todo por el Reino y poner su vida a disposición de la Iglesia, para servir al pueblo de Dios allí donde fuera necesario. No son unos locos temerarios; saben muy bien que viven en una Iglesia cargada de deficiencias y debilidades, en la que puede darse el deseo de dominio, la doble vida, la fragilidad e incluso el pecado horrendo. Pero saben también que sólo en esta Iglesia hoy humillada y avergonzada se puede seguir siendo discípulo del Único por el que vale la pena entregarlo todo. Además, sólo esa Iglesia, aun en medio de sus deficiencias e imperfecciones, es transmisora de una Buena Noticia que vale la pena seguir gritando.

Hay una palabra clave para entender su comportamiento: vocación. No quieren ser sacerdotes porque les agrada ese oficio o porque sientan una inclinación hacia él, sino porque han descubierto que Alguien les ha llamado y les ha pedido que lo fueran. Vocación es darse cuenta de que tu vida tiene una dirección y un sentido, porque responde al proyecto que Dios ha hecho para ti. Por eso, cuando uno descubre su vocación, no le importan los esfuerzos y sacrificios que tenga que realizar, porque sabe que vale la pena hacerlos. Y sabe, sobre todo, que nunca podrá ser feliz si no los realiza.

Nuestros seminaristas son fuente de esperanza para esta Iglesia no sólo porque garantizan que las comunidades cristianas de Menorca sigan contando con unos pastores en el futuro, sino sobre todo porque, con su juventud, nos contagian la ilusión por ser cristiano y con su esfuerzo nos animan a trabajar para hacer posible una Iglesia más auténtica, más luminosa, más transparente y más gozosa.

Al celebrar el día del Seminario les debemos, al menos, una plegaria al Padre pidiendo que no se detengan en el camino y que tengan el coraje de llegar hasta el final. Y no nos olvidemos también de pedir que siga habiendo jóvenes que descubran que, a pesar de todo, vale la pena ser sacerdote.